

Deleuze: el teatro de la diferencia

Una de las muchas ideas brillantes que Deleuze nos ha dejado durante su despliegue filosófico es la del teatro filosófico. Michel Foucault, atendiendo a este rasgo de la filosofía deleuziana, tituló *Theatrum Philosophicum* un escrito dedicado especialmente a la filosofía de este autor.

La idea de un teatro filosófico es extremadamente sublime: implica la propuesta de consecuencias trascendentales para el ejercicio de la filosofía. Por principio, transforma radicalmente nuestra concepción de la historia de la filosofía en un espacio escénico vacío, el cual va siendo llenado en cada ocasión por la representación teatral del filósofo en turno.

Se piensa en el espacio escénico, en el vacío de ese espacio, en la forma en que es llenado, determinado, por signos y por máscaras a través de los cuales el actor representa un papel que representa otros papeles y en la forma en que la representación se va tejiendo de un punto notable a otro comprendiendo dentro de sí las diferencias. (Deleuze, 2002a: 34)

El filósofo se transforma en una especie de guionista-director-actor. Como guionista, escribe su propia obra filosófico-teatral (Platón, Aristóteles, Hume, Kant, Hegel, Nietzsche fueron todos grandes guionistas de sus obras filosóficas; crearon la trama, el desarrollo de la obra e inventaron sus rivales, la meta y las peripecias del héroe). Como director, precisa los gestos, los cuadros, las máscaras, las escenas (cada uno, con su toque personal). Como actor, efectúa

cada uno de sus personajes, les da vida, deviene en cada uno.

La historia de la filosofía debe leerse como ese cúmulo de representaciones teatrales en donde lo mismo encontramos un drama, una comedia, una sátira o una obra con tintes épicos. Cada filósofo guionista escoge, de acuerdo con sus preferencias, el tipo de obra que desea crear, montar y actuar. Así, Deleuze escribe sobre Nietzsche: "En Nietzsche existe un teatro de la no creencia, del movimiento como *Physis*; es, ya, un teatro de la crueldad", y sobre Kierkegaard: "Kierkegaard nos propone un teatro de la fe; y lo que opone al movimiento lógico es el movimiento espiritual, el movimiento de la fe". (Deleuze, 2002a: 35).

Cada uno de los filósofos ha tenido su tiempo y su espacio dentro del escenario vacío para llenarlo como ha querido. Igual que cada uno de ellos, Deleuze tiene su tiempo y su espacio para hacerlo. Él monta en este escenario la obra de la *diferencia*. Así como nos enseñó a leer las obras teatrales de los otros, hagámoslo ahora con su obra.

El teatro de la *diferencia* inicia inventándose sus enemigos. Los enemigos del ejercicio libre de la *diferencia* son Platón y Hegel; estos dos filósofos han sometido a la *diferencia* en favor de la *identidad*. Según la lectura de Deleuze, Platón tiene la primacía, ha inventado un teatro filosófico del primado de la *identidad* en detrimento de la *diferencia*.

1 La siguiente interpretación está inspirada en *¿Qué es la filosofía?*, escrito en colaboración con Félix Guattari, y en *Diferencia y repetición*.

De manera muy breve, la trama platónica es la siguiente.¹ Platón, emulando a Homero, plantea la filosofía en los siguientes términos: la *verdad*, "los pretendientes" y el filósofo. La *verdad*, en esta puesta, es anterior a los pretendientes y al filósofo; tiene la primacía. El *Fedón*, el *Menón* y la *República* son los actos que demuestran la anterioridad de la *verdad*. Entre los pretendientes y el filósofo se da una encarnizada lucha por la conquista de la *verdad*. El filósofo para poder acceder a ella debe, primeramente, vencer a los pretendientes y después prepararse para el reencuentro con ésta. Los diálogos aporéticos representan la encarnizada lucha sostenida contra los sofistas, malos pretendientes de la *verdad*; contienda que termina hasta el *Sofista*.

El parecido con la *Odisea* de Homero no es meramente accidental; es, por el contrario, un rasgo esencial del filosofar platónico. Homero presenta en la *Odisea* la misma trama tripartita: Penélope, los pretendientes y Odiseo. Odiseo posee a Penélope antes de salir de viaje; después, las circunstancias lo arrojan del hogar y comienza su odisea, para, una vez vencidos todos los obstáculos, poder regresar al ansiado lugar de origen. Pero, además, durante el regreso debe vencer a los pretendientes, quienes le estorban el acceso libre hacia Penélope.

Veamos algunas consecuencias metafísicas de esta forma de plantear el ejercicio filosófico. Por principio de cuentas, lo más importante, lo que posibilita lo otro, es la primacía de la *identidad*. La *verdad*, como *idéntica*, permanece y motiva el posterior despliegue de la obra. La lucha entre los sofistas y el filósofo sólo adquiere sentido por la *verdad* como objeto de conquista, que espera fija, inmutable, eterna, inamovible. La odisea del filósofo está determinada por el deseo de regreso al hogar, a la *verdad*. Durante la odisea el pensador está en la *diferencia*, rasgo de la condición equívoca de éste, cuando enfrenta sus aventuras, la luz que lo guía es el resplandor de la *verdad*, y lo peor que le puede pasar es, precisamente, que todo ese despliegue no le sirva para lograr el retorno. El error como su maldición.

La *diferencia*, según Platón, es la condición misma del estado erróneo. Lo que cambia, el dominio de los placeres, el lugar de predominio del cuerpo es el ámbito de la *diferencia*. A dicho estado sólo se llega por castigo, maldición o como consecuencia de un mal comportamiento. El libro décimo de la *República* es bastante sugerente al respecto. La valoración entre la *identidad* y la *diferencia* es moral; lo bueno y lo malo, lo deseable y lo abominable. En última instancia, el platonismo no consiste en otra cosa más que en obligar al héroe a retornar al hogar, al sitio de la *identidad*, a alejarse para siempre de lo horroroso de



la *diferencia*. La vida no tiene otro sentido; si se pierde en otras particularidades está destinada al castigo. Platón odia la *diferencia*, ésta es objeto del mayor escarnio posible.

Ciertamente, Platón tuvo que retractarse de su odio inconmensurable hacia la *diferencia*. En el *Sofista* se vio obligado a incluirla, como género, en el ámbito del ser; pero dicha inclusión fue, en última instancia, un acto de resignación obligado (como cuando después de vapulear al enemigo, de maldecirlo hasta el límite, nos vemos obligados a sentarlo junto a nosotros). La teoría de las *Ideas*, como *verdad*, no funcionaba sin el género de lo *diferente*. No obstante, su inclusión no modifica en nada el carácter de la *verdad*; eterna, inmutable, ésta sólo le permite precisar con claridad el límite de cada idea.

En resumen, la totalidad de la obra filosófica de Platón está dirigida contra la *diferencia*; está orientada a mermarla, a desacreditarla hasta la saciedad, a demostrar su poca importancia, su insignificancia; ése es el objetivo. Tal es la vehemencia de su ataque que en el *Fedón* declara sin duda alguna: "al filósofo lo mejor que le puede pasar es estar muerto, y si aún tiene vida debe apresurarse a morir" (Platón, 1998: 62a-64e). En otras palabras, propone alejarse de la *diferencia*.

Hegel ha sido más "benévolo" con la *diferencia* en su obra cumbre *Fenomenología del espíritu*. El *espíritu absoluto* requiere,

con *necesidad*, la *diferencia*. La *verdad* está en el origen, pero ésta para llegar a ser tal, *verdad absoluta*, requiere el paso necesario por la *diferencia*. La *diferencia* es incluida en el despliegue del *espíritu absoluto* como negación-mediación, como la condición no deseada pero necesaria, sin la cual no se completa el *espíritu absoluto*. De objeto indeseado en Platón se convierte ahora en objeto de servicio. La *diferencia* al servicio de la *identidad* que reinaba en el principio y reinará en el final. Toda la *diferencia* que surge en la negación del espíritu está al servicio de un único fin: el logro de la *verdad absoluta*. Y cuando se dice toda, Hegel piensa hacia el pasado pero también hacia el futuro. Hegel y el sistema del *espíritu absoluto* tienen la pretensión de esclavizar desde siempre y para siempre a la *diferencia*, moza eterna de la *identidad*.

Estos dos filósofos son los enemigos de la *diferencia*: ambos han cometido un vituperio en su contra; la han desacreditado y obligado a trabajar al servicio de la *identidad*. Deleuze, como buen héroe, debe rescatarla, devolverle sus derechos, sus glorias y, sobre todo, su potencialidad. Rescatando a la *diferencia*, devolviéndole sus derechos, Deleuze transforma el ejercicio del pensar. Pero vayamos por partes. Todo rescate requiere de unos aliados, quienes deben poseer armas eficaces para vencer a los enemigos. Nuestro autor, en un trabajo selectivo, se da a la tarea de localizarlos, de convencerlos de apoyar su lucha y, en determinado momento, de obligarlos a pelear a su lado. En un principio parecieran ser pocos, casi contados con la mano: Hume, Nietzsche, Spinoza y Bergson; posteriormente, ya encarrilado el

ejército, los aliados serán tantos como tantos son aquellos que han estado ahí luchando desde siempre contra el platonismo, incluso cuando éste gozaba sus mejores glorias.

Estos primeros aliados ponen a disposición del héroe una serie de herramientas para iniciar la lucha. Es muy significativo que las publicaciones de Deleuze hayan iniciado con un trabajo sobre Hume. ¿Qué ofrece Hume a Deleuze? Dos principios básicos, dos golpes maestros contra la imagen del pensamiento platónico-hegeliano. Primero: *no hay más que este mundo*. La postulación de algo fuera de este mundo, con un supuesto mayor derecho (la *idea* en Platón y el *espíritu absoluto* en Hegel), es resultado de desvaríos de la imaginación; de un mal funcionamiento de la imaginación que no se apega a la experiencia y, como caballo desbocado, se lanza a la construcción de quimeras. Segundo: *todo lo que hay en este mundo es irreducible a otro*; es decir, vale por sí mismo lo mismo que cualquier otra existencia. No hay superioridad de algo sobre algo. *El fondo del espíritu es delirio, o, lo que resulta ser lo mismo desde otros puntos de vista, azar, indiferencia*. En este sentido, no hay existencia buena y existencia mala, solamente existencia, pura existencia libre de valoración moral. La moral es artificio, derivado del hábito de tener hábitos. Dos armas de mortal efecto contra el enemigo. Nos quedamos solamente con este mundo, y dentro de él todo tiene el mismo valor.

Por si algo faltara en este sentido, Spinoza lo ofrece. "El logro más significativo de Spinoza es haber divinizado la naturaleza" (Deleuze,

2003: 35). *Todo es Dios*. Cada modo representa una parte de Dios, y como tal cada modo es valioso. Dios se expresa en cada uno de sus modos con igual valor. Un modo no puede valer más que otro: todos son la manifestación divina. De igual manera, ningún modo puede juzgar a otro: Dios no puede juzgarse a sí mismo. No hay juicios valorativos. Spinoza también rompe con la trascendencia platónica-hegeliana, no hay trascendencia, todo se da en la inmanencia. Dios es inmanente, está aquí; nosotros somos modos de Dios, nuestro actuar es divino. El hombre, como parte de la sustancia infinita, es un ser divino cuyo único objetivo consiste en vivir alegre. ¡Qué diferencia respecto a la pesadumbre experimentada en el platonismo por ser hombre de carne y hueso! La vida en Platón implica necesariamente la infelicidad, pues el hombre es arrojado del reino de la verdad. *Sustancia infinita* quiere decir infinita en sus modos de manifestación. El punto de trueque es evidente: ya no se trata de emular un único modo de manifestación por considerarlo el mejor, sino de dar lugar a los infinitos modos posibles de la sustancia, de dar lugar siempre a lo nuevo; es decir, de romper con el modelo único y efectuar por lo menos uno de los infinitos modos. *Diferencia y repetición* será la expresión más lograda de este potente pensamiento.

¿Qué decir de Nietzsche? *La idea del eterno retorno*, pensamiento abismal, pensamiento liberador. Lo que retorna es la necesidad de ser siempre diferente. La *identidad* no se obtiene sino a costa de negar la esencialidad del ser; como ser reactivo. El ser es *diferencia*: está en constante cambio, en constante transformación. Efectuar el ser consiste precisamente en efectuar el cambio, en potenciarlo, en vivir la *diferencia*. La *diferencia* en Nietzsche no es ni abominable ni moza; la *diferencia* es el ser, el ser es *diferencia*. Pero sobre Nietzsche mejor guardemos silencio, ya fue suficiente osadía el referirlo.

Bergson aporta, como arma de combate contra la *identidad*, la idea de duración. El espíritu dura; es decir, incluye todo su pasado, pero está abierto hacia el futuro. El espíritu es esa posibilidad siempre abierta hacia el futuro; se prolonga, se enriquece siempre. Los estudios sobre cine son, precisamente, este reconocimiento a la riqueza de la idea de duración. El cine abierto a la experimentación, a la duración.

Con estos aliados, con estas armas, Deleuze prepara un ataque frontal a la imagen clásica del pensamiento. No hay *verdad*, ni en el origen (Platón) ni en el fin (Hegel). Pensar no consiste en el encuentro de la *verdad* como anamnesis, como recuerdo; pero tampoco, como progreso que se consuma en el

ejército, los aliados serán tantos como tantos son aquellos que han estado ahí luchando desde siempre contra el platonismo, incluso cuando éste gozaba sus mejores glorias.

Estos primeros aliados ponen a disposición del héroe una serie de herramientas para iniciar la lucha. Es muy significativo que las publicaciones de Deleuze hayan iniciado con un trabajo sobre Hume. ¿Qué ofrece Hume a Deleuze? Dos principios básicos, dos golpes maestros contra la imagen del pensamiento platónico-hegeliano. Primero: *no hay más que este mundo*. La postulación de algo fuera de este mundo, con un supuesto mayor derecho (la *idea* en Platón y el *espíritu absoluto* en Hegel), es resultado de desvaríos de la imaginación; de un mal funcionamiento de la imaginación que no se apega a la experiencia y, como caballo desbocado, se lanza a la construcción de quimeras. Segundo: *todo lo que hay en este mundo es irreducible a otro*; es decir, vale por sí mismo lo mismo que cualquier otra existencia. No hay superioridad de algo sobre algo. *El fondo del espíritu es delirio, o, lo que resulta ser lo mismo desde otros puntos de vista, azar, indiferencia*. En este sentido, no hay existencia buena y existencia mala, solamente existencia, pura existencia libre de valoración moral. La moral es artificio, derivado del hábito de tener hábitos. Dos armas de mortal efecto contra el enemigo. Nos quedamos solamente con este mundo, y dentro de él todo tiene el mismo valor.

Por si algo faltara en este sentido, Spinoza lo ofrece. "El logro más significativo de Spinoza es haber divinizado la naturaleza" (Deleuze,

2003: 35). *Todo es Dios*. Cada modo representa una parte de Dios, y como tal cada modo es valioso. Dios se expresa en cada uno de sus modos con igual valor. Un modo no puede valer más que otro: todos son la manifestación divina. De igual manera, ningún modo puede juzgar a otro: Dios no puede juzgarse a sí mismo. No hay juicios valorativos. Spinoza también rompe con la trascendencia platónica-hegeliana, no hay trascendencia, todo se da en la inmanencia. Dios es inmanente, está aquí; nosotros somos modos de Dios, nuestro actuar es divino. El hombre, como parte de la sustancia infinita, es un ser divino cuyo único objetivo consiste en vivir alegre. ¡Qué diferencia respecto a la pesadumbre experimentada en el platonismo por ser hombre de carne y hueso! La vida en Platón implica necesariamente la infelicidad, pues el hombre es arrojado del reino de la verdad. *Sustancia infinita* quiere decir infinita en sus modos de manifestación. El punto de trueque es evidente: ya no se trata de emular un único modo de manifestación por considerarlo el mejor, sino de dar lugar a los infinitos modos posibles de la sustancia, de dar lugar siempre a lo nuevo; es decir, de romper con el modelo único y efectuar por lo menos uno de los infinitos modos. *Diferencia y repetición* será la expresión más lograda de este potente pensamiento.

¿Qué decir de Nietzsche? *La idea del eterno retorno*, pensamiento abismal, pensamiento liberador. Lo que retorna es la necesidad de ser siempre diferente. La *identidad* no se obtiene sino a costa de negar la esencialidad del ser; como ser reactivo. El ser es *diferencia*: está en constante cambio, en constante transformación. Efectuar el ser consiste precisamente en efectuar el cambio, en potenciarlo, en vivir la *diferencia*. La *diferencia* en Nietzsche no es ni abominable ni moza; la *diferencia* es el ser, el ser es *diferencia*. Pero sobre Nietzsche mejor guardemos silencio, ya fue suficiente osadía el referirlo.

Bergson aporta, como arma de combate contra la *identidad*, la idea de duración. El espíritu dura; es decir, incluye todo su pasado, pero está abierto hacia el futuro. El espíritu es esa posibilidad siempre abierta hacia el futuro; se prolonga, se enriquece siempre. Los estudios sobre cine son, precisamente, este reconocimiento a la riqueza de la idea de duración. El cine abierto a la experimentación, a la duración.

Con estos aliados, con estas armas, Deleuze prepara un ataque frontal a la imagen clásica del pensamiento. No hay *verdad*, ni en el origen (Platón) ni en el fin (Hegel). Pensar no consiste en el encuentro de la *verdad* como anamnesis, como recuerdo; pero tampoco, como progreso que se consuma en el

fin. Pensar es un ejercicio de invención. Hume lo definió claramente: lo que el sujeto hace como sujeto es, precisamente, *crear e inventar*. Inventar lo nuevo: nuevos caminos, nuevos actos, nuevos malabares, nuevas maneras de debatirse con el pensamiento, de efectuar el pensamiento, de vivir la *diferencia*. Hume, nuevamente, es la punta de la lanza: "las legislaciones son las grandes invenciones, los verdaderos inventores no son los técnicos, sino los legisladores" (Hume citado en Deleuze, 2002b: 36). *Mil mesetas* intenta efectuar un pensamiento activo capaz de dar lugar a nuevas creaciones legislativas.

La imagen del pensar platónica-hegeliana está dominada por una visión económica de la inversión-ganancia. Invertir todo, sacrificar todo, en pos de una ganancia futura. La imagen del pensar deleuziano se basa en el robo y el don. Robo que se convierte en simulacro, en doble (Hume, Nietzsche, Bergson, Spinoza son irreconocibles en la obra de Deleuze; todos ellos dan lugar a criaturas malignas, sufren un proceso de deformación intencionado). Deleuze es, así, el gran ladrón de la historia de la filosofía. Don como donación, como impulso que motiva la creación de lo nuevo.

Después del rescate de la *diferencia*, el héroe Deleuze debe continuar su ejercicio: ser diferente cada vez. No me pregunten por mis escritos anteriores, ya soy diferente, comenta en las *Conversaciones*. O como bellamente lo dice en el *Anti-Edipo*, de lo que se trata es de convertirse en un cuerpo sin órganos, es decir, sin explicaciones causales. La existencia consiste en acontecimientos. Cada momento acontecemos diferentes.

El rescate es solamente una parte de la obra, ciertamente no insignificante, pero tampoco la más fundamental. Lo fundamental, lo verdaderamente importante es el ejercicio de la *diferencia*, y este ejercicio es por cierto un acto heroico. Requiere la fuerza y la voluntad de ser siempre un pensador nómada, sin rasgo de sedentarismo, para dar lugar a nuevas obras filosófico-teatrales. LC

BIBLIOGRAFÍA

- Deleuze, Gilles (1998), *El Anti-Edipo*, Barcelona, España, Paidós.
- _____ (1999), *Conversaciones*, Valencia, España, Pre-Textos.
- _____ (2002a), *Diferencia y repetición*, Buenos Aires, Argentina, Amorrortu Editores.
- _____ (2002b), *Empirismo y subjetividad*, Barcelona, España, Gedisa.
- _____ (2003), *En medio de Spinoza*, Buenos Aires, Argentina, Cactus.
- Deleuze, Gilles y Félix Guattari (1997), *¿Qué es la filosofía?* Barcelona, España, Anagrama.
- Platón (1998), *Diálogos*, Madrid, España, Gredos.

